



MIGUEL HERNANDEZ

Un cuarto de siglo ha transcurrido desde su muerte. Hace 25 años que cesó un rayo llamado Miguel. Su muerte fue triste. Yo prefiero no recordar su muerte y, en cambio, recordar su poesía, "su brava poesía", como dijo Pedro Salinas.

Miguel tenía un corazón enamorado y turbulento, y llevaba al cuello un vendaval sonoro, y sus manos estaban hechas a los rebaños y a los enjambres, y su memoria estaba llena de montes y de ríos, de panes y de penas. Mejor que en las timoratas semblanzas que se escribieron a raíz de su muerte, su biografía está en los versos, bravos y dolientes, como toros de lidia, que nos dejó escritos. En ellos podemos ver las huellas que fue dejando la vida en un hombre que parecía a ratos arrancado de la tierra de naranjos y vides, como un terrón, o como un tubérculo, y otros ratos parecía una chispa caída de algún cometa pasajero y deslumbrante.

De niño, pastoreó corderos por la dulce grama de los bancales de Orihuela, a orillas del Segura, que por allí va se acerca al mar a morir. Y de hombre pastoreó los más pujantes endecasílabos de la poesía castellana en el siglo XX. Fue clásico y popular, porque aquel pedazo de tierra que fue Miguel embebió el agua clara de los clásicos con una avidez de páramo castellano más que con la indolencia harta de las tierras del Sureste. Y porque lo popular era él mismo, él mismo que no quiso ser otra cosa que pueblo, que había nacido pueblo y que murió pobre y delgado, como el pueblo.

Sus ojos se hundieron en las difíciles y duras piedras gonzorinas, y se enredaron en los versos oscuros de don Luis como si fueran raíces, y de todo aquello salió "Perito en lunas", que es una torre de octavas reales como para estar subiendo por ella toda una vida sin cansarse jamás de sacar recreos y amenidades.

La rosada, por fin Virgen María.
Arcángel tornasol, y de bonete
dentado de amaranto, anuncia el día,
en una pata alzado un clarinete.
La pura nata de la galanía
es este Barba Roja a lo roquete,
que picando coral, y hollando, suma
"a batallas de amor, campos de pluma".

De aquellos primeros versos a aquellos otros, breves y cortos, conmovedores y purísimos, de las na-

nas de la cebolla, hay toda una vida arrebatada, consumida en una fiebre de lecturas frenéticas, de versos galopantes, de amores y de penas. "Tengo estos huesos a las penas", dijo.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.

Entre las octavas gongorinas y las nanas de la cebolla corren los sonetos del "Silbo vulnerado" o del "Rayo que no cesa", y corren los romances del "Viento del pueblo", que son los únicos pecados políticos (si es que hay pecado en la poesía) que no le han sido perdonados a Miguel Hernández por gentes difíciles para el perdón.

He leído en un sitio o en otro lamentos y acusaciones por la muerte de Miguel. Unos a otros se dicen, se echan y se devuelven lo que por Miguel se hizo y lo que se dejó de hacer. De esto hace ya 25 años. Miguel está ya "estercolando" la tierra donde fue enterrado "tan temprano", y nosotros casi no hemos alimentado con nuestra voz "lluvias, caracolas y órganos" para llorarle. La elegía que él escribió en la muerte de Ramón Sijé la hemos recitado en España todos cuantos hemos tenido el corazón inclinado hacia la poesía, y puede servirnos para devolvérsela a él, que la hizo, porque no encontraríamos más desoladas palabras, ni más desesperadas ante la muerte.

Yo quiero aprovechar hoy esta fecha que trae memorias de un poeta para pedir que todos firmemos la paz definitiva sobre la poesía. La herida que abrió la guerra española tuvo labios poéticos, ligas enconadas y violentas. Algunas de esas heridas, algunas de esas llagas siguen abiertas. Todavía hay algunos que leen los poemas provisionales de aquéllos con la voz encendida en cólera, y echan sobre los nombres la losa terrible del silencio. Firmemos la paz sobre los versos que cantaron al pueblo arrebatado por vientos de sangre y violencia. Hagamos de nuestros poetas nombres para todos, nombres de una sola España en paz y nueva. Pongamos rosas de paz sobre las rosas de sangre enferma y volcánica que hay en la tumba de Miguel Hernández.

JAIIME CAMPANY

En "ARRIBA"